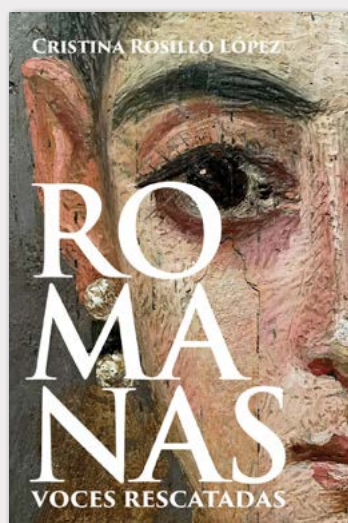


La historia de Roma contada por sus mujeres

Romanas. Voces rescatadas desafía el relato tradicional al dar voz a las mujeres que vivieron en una Roma cuya historia la hemos oído siempre contada por los hombres de la élite. A través de un meticuloso trabajo de investigación, Cristina Rosillo López presenta una narrativa histórica inédita que se apoya exclusivamente en fuentes escritas por mujeres de la época, ofreciendo una visión más profunda y diversa de la historia de Roma y sus dinámicas sociales, que rescata historias olvidadas y nos permite entender mejor el papel crucial de las mujeres en el mundo antiguo. Un viaje al corazón del mundo romano que transformará nuestra visión de la historia.



Romanas. Voces rescatadas

979-13-990788-5-5
384 páginas + 8 en color
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 26,95 €



Roma, nombre de mujer; ciudad encarnada en diosa. Y, sin embargo, cuando se narra su historia, no escuchamos las voces de las romanas, enmudecidas en unas fuentes escritas por y para los hombres. ¿Podemos rescatar esas voces, podemos desafiar un silencio milenario e intentar recuperar lo que emperatrices, libertas o esclavas dijeron y sintieron? Cristina Rosillo López, reconocida experta en la antigua Roma, responde en su libro *Romanas. Voces rescatadas* a este desafío nunca antes planteado: sí, se puede contar la historia del mundo romano empleando únicamente fuentes escritas por mujeres, desde cartas a epitafios o grafitis. Mujeres de la élite, como una Livia o una Agripina que escribió sus Memorias, pero también trabajadoras como Amica y Detfri, que escribieron sus nombres en una teja junto a las huellas de sus zapatos. Una historia contada por ellas, porque las experiencias femeninas son también universales: nos hablan de elecciones y de alta política, de comercio y de trabajo, de ciencia y de cultura, de amor y sexo, de cuidados, dolor y de la pérdida de seres queridos... Sus voces en primera persona nos hablan, en suma, de la vida en Roma a través del prisma femenino, porque la historia no son solo grandes procesos y revoluciones, batallas y conflictos, sino también las pequeñas historias que nos hablan del día a día. En *Romanas. Voces rescatadas*, la antigua Roma funciona como un espejo en el que mirar nuestra sociedad, y sus mujeres nos hablan de un mundo que no es el nuestro pero que nos interpela. Es necesario rescatar sus palabras para devolverles su pasado, sus vidas y sus historias, tan distintas de las nuestras en algunas cosas, pero tan igual en tantísimas otras. Escuchémoslas.

Cristina Rosillo López es catedrática de Historia antigua en la Universidad Pablo de Olavide. Es una reconocida especialista a nivel internacional sobre la República romana y sobre de la historia de las mujeres en el mundo antiguo. Ha publicado numerosos artículos y capítulos de libro sobre el mundo romano en inglés, francés y español, además de tres libros especializados: *La corruption à la fin de la République romaine (Ile-Ier s. av. J.-C.): aspects politiques et financiers* (Franz Steiner Verlag, 2010), *Public Opinion in the Late Roman Republic* (Cambridge University Press, 2017) y *Political Conversations in Late Republican Rome* (Oxford University Press, 2022). Entre otros, ha coeditado el libro *Cives Romanae. Roman Women as Citizens during the Republic* (Zaragoza/Sevilla, 2024). Ha dirigido cuatro proyectos de investigación nacionales y ha participado en varios internacionales. Ha sido profesora invitada en las universidades de Nueva York, París, São Paulo, Rosario, Mar del Plata y Münster. Es además la directora y presentadora del documental "Mujer y economía en el mundo antiguo" (UPOTV).

En librerías el miércoles 4 de febrero. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



LAS CLAVES DEL LIBRO

Una perspectiva inédita: el mundo romano contado a través de las mujeres que vivieron durante esa época.

Es una historia global del mundo romano (hombres, mujeres, niños) del siglo II a. C. al siglo II d. C. en la que tienen cabida aspectos políticos, sociales, económicos, religiosos, culturales, literarios, vida cotidiana, etc. pero contados a través de las voces y palabras de ellas.

A través de los escritos tanto de personalidades célebres (Agripina, Cleopatra) como de mujeres anónimas, ricas o pobres, libres o esclavas, la obra pone de manifiesto el activo papel de las mujeres en la sociedad romana.

Es el fruto del trabajo de más de veinte años de investigación sobre el mundo romano, y constituye una compilación inédita de fuentes, muchas de ellas sin traducir (del latín o del griego) o muy poco conocidas.

Decenas de historias individuales que, como un mosaico, nos aportan una comprensión más profunda, diversa y completa de las diferentes realidades del mundo antiguo.



DOSIER DE PRENSA

CINCO COSAS QUE NO SABÍAS SOBRE EL MUNDO ROMANO

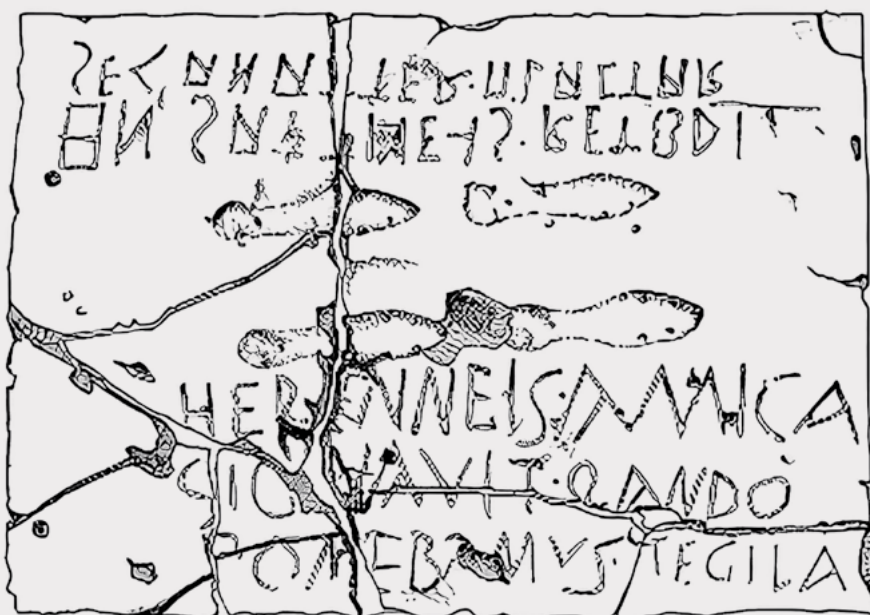
Las mujeres romanas del siglo II a. C. en adelante tenían más independencia económica y mayor capacidad de gestión patrimonial que las mujeres españolas durante el franquismo.

La alfabetización no era algo exclusivo de la gente rica que podía pagar un maestro. Muchos esclavos y esclavas también aprendían a leer, ya que lo necesitaban para su oficio: matronas, taberneras, secretarias, contables, comerciantes, gestoras de fábricas, etc.

Un buen número de gladiadores estaban casados y tenían descendencia. De hecho, muchos de ellos vivían con su esposa e hijos fuera de la escuela gladiatoria.

Las mujeres no podían votar, pero estaban muy implicadas en la política local: se han conservado pintadas electorales en las que piden el voto para ciertos candidatos.

Hemos perdido aproximadamente el 98% de toda la producción literaria del mundo romano. Pero ese 2% restante, junto con toda la documentación no literaria, nos permite reconstruirlo.



Teja con inscripción (CIL 1.3556a) realizada por dos trabajadoras de la construcción, Amica y Detfri (ca. 100 a. C.). Santuario de Pietrabbondante, Museo Archeologico Nazionale di Campobasso (Italia).



ENTREVISTA A LA AUTORA

Entrevistamos a Cristina Rosillo López, catedrática de Historia antigua en la Universidad Pablo de Olavide y reconocida especialista a nivel internacional sobre la República romana y sobre de la historia de las mujeres en el mundo antiguo.

¿Cómo nació la idea de contar la historia de Roma exclusivamente a través de textos escritos por mujeres, y en qué momento decidiste que ese sería el eje del libro?

Llevo más de veinte años investigando sobre el mundo romano; algo que me ha llamado siempre la atención es que, en el fondo, esa historia la cuentan siempre los mismos: una élite de hombres ricos y poderosos, muchos de ellos senadores o muy bien conectados con el poder, que son los que han escrito la mayor parte de las fuentes literarias que nos han llegado (no olvidemos que hemos perdido alrededor del 98% de toda la producción literaria romana). Por lo tanto, tenemos sobre todo su perspectiva, que está muy bien y es apasionante, pero yo me preguntaba: ¿qué pasa con las mujeres que formaban la mitad de la población? ¿Cómo veían ellas el mundo romano? Mi libro es una respuesta a ese desafío: sí, se puede contar la historia de Roma a través de ellas, aunque

esto pide una ardua tarea de búsqueda. Supongo que esa dificultad ha hecho que no se haya realizado hasta ahora.

Durante mucho tiempo se ha dicho que las mujeres apenas dejaron fuentes escritas en el mundo romano. ¿Qué ha descubierto tu investigación que matiza o cuestiona esa idea tan extendida?

En primer lugar, había un buen número de mujeres, tanto de la élite como de clase baja, que sabían leer y escribir. Hay un gran debate sobre el grado de alfabetización en el mundo romano, pero es claro que, al menos hasta niveles medios, las niñas solían ser también educadas. A partir sobre todo de

los siglos II-I a.C., se consideraba un símbolo de estatus educar a las hijas. Además, había un gran número de esclavas que aprendían a leer y a escribir, porque lo necesitaban para ejercer su oficio: matronas, taberneras, secretarias, contables, comerciantes, gestoras de fábricas, etc. Nos ha llegado una bonita carta en la que una joven escribe a sus dos

«Vivir en Egipto, en Judea o en Bretaña es igual de relevante para describir ese mundo que lo que ocurría en la capital. Y, de hecho, en muchas ocasiones, ofrecen un panorama mucho más rico cultural y políticamente».

hermanas pequeñas conminándolas a que estudien mucho. Hubo mujeres que escribieron obras literarias: grandes poetisas, como Sulpicia o Melino; autoras de manuales médicos, como Salpe o Metrodora; científicas, como Hipatia; historiadoras, como Nicóbula y Pánfila,

y muchas otras que hemos perdido. Además, tenemos muchas fuentes documentales escritas por mujeres, es decir, textos no literarios que se escribían (o que escribimos incluso hoy en día) en nuestra vida cotidiana: epitafios, inscripciones en estatuas, cartas a familiares, invitaciones a cumpleaños, declaraciones en un proceso judicial, grafitis insultantes o elogiosos, pintadas electorales, declaraciones de amor, etc. Se ha conservado una enorme variedad de textos.

Las voces que aparecen en el libro proceden de distintos puntos del Imperio romano. ¿Qué nos revela esa diversidad geográfica sobre la experiencia femenina en Roma más allá de la capital?

Los textos y las voces seleccionados provienen de todos los puntos del Imperio romano. Para mí era importante trascender la ciudad de Roma para mostrar la gran variedad del mundo romano. Vivir en Egipto, en Judea o en Bretaña es igual de relevante para describir ese mundo que lo que ocurría en la capital. Y, de hecho, en muchas ocasiones, ofrecen un panorama mucho más rico cultural y políticamente que la capital, que estaba mucho más controlada por el poder, el Senado en un primer momento y luego el emperador. En suma, tenían más campo de experimentación y menos control. Además, hay ejemplos de mujeres viajeras que describen rincones del Imperio con una perspectiva diferente, como todas aquellas turistas, incluyendo una nativa de la actual Zaragoza, que viajaron hasta Egipto para oír “cantar” una estatua en Luxor y dejaron pruebas escritas de ello, cual *influencers* actuales.

Su libro no se centra en grandes figuras, sino en decenas de mujeres muy distintas. ¿Qué gana la historia de Roma cuando se cuenta a través de vidas aparentemente “corrientes”?

¿Por qué la vida de un senador romano es más digna de ser contada que la de una comerciante de vinos, una médica o una trabajadora de la construcción? Mi libro reivindica que todos esos personajes nos están ilustrando sobre lo que era vivir en el mundo antiguo. Un ejemplo actual muy claro: la historia vital de Trump o de cualquier parlamentario español no nos permite describir la riqueza de vivencias del momento en que vivimos.

Y no solo eso sino, además, que las experiencias de las mujeres son también universales: si yo cuento, por ejemplo, que he sobrevivido a un accidente, no es algo que hable solo de mi condición de mujer, sino que me permite reflexionar sobre la sociedad en general, porque

estamos hablando de las vivencias de personas. Si solo narramos la vida de los hombres de la élite, no estamos proporcionando una visión completa de lo que era vivir durante la época romana. No estaría haciendo bien mi trabajo de historiadora si me limitara a hablar solo de las experiencias de los emperadores o senadores.

Como catedrática con una larga trayectoria investigadora, ¿qué ha sido lo más difícil –y lo más estimulante– de este proyecto en comparación con otros trabajos académicos?

Contar la historia de Roma desde el punto de vista de sus gentes, y hacerlo de manera que resulte atractiva al lector, lo que ha hecho que haya disfrutado enormemente el proceso de escritura. He intentado encontrar un equilibrio entre la investigación especializada y un relato accesible para el público general. Al mismo tiempo, el gran desafío de este proyecto ha sido la búsqueda de fuentes escritas por mujeres; me ha llevado tiempo y esfuerzo, pero el resultado ha merecido la pena.

¿En qué medida cree que este enfoque obliga a replantear algunos de los grandes relatos tradicionales sobre Roma que todavía circulan en manuales y divulgación?

Solemos tener la impresión de que la historia es un proceso lineal, que evoluciona desde pasados más o

menos remotos, marcados por enormes discriminaciones y desigualdades, hasta una época moderna, más igualitaria. Sin embargo, se trata de una visión errónea, ya que la historia va dando

saltos en muchas ocasiones. Evidentemente, no se puede comparar la situación de las mujeres romanas con el momento actual. Sin embargo, en comparación con otras sociedades de época antigua, o incluso con los siglos posteriores al fin del Imperio romano, en general las mujeres romanas tenían una situación excepcional: eran ciudadanas y, a partir del siglo II a.C., podían ser incluso económicamente independientes.

Después de escuchar a estas mujeres del pasado, ¿qué cree que su libro puede aportar al debate contemporáneo sobre memoria, historia y quién tiene derecho a contarla?

El mundo romano funciona como un espejo de nuestra sociedad, en el que mirarnos y ver cómo se vivía en otras épocas, cómo se actuaba entonces frente a desafíos como el poder autocrático, las invasiones, las guerras, pero también el día a día y la supervivencia en una

«El poder romano tenía la ambición de controlar la memoria, y el libro muestra cómo hubo gente, incluso bastante humilde, que obvió ese control, creando sus propias memorias».

sociedad con una enorme brecha entre ricos y pobres. El poder romano tenía la ambición de controlar la memoria, y el libro muestra cómo hubo gente, incluso bastante humilde, que obvió ese control, creando sus propias memorias. Las vivencias de todos son importantes. Otra cuestión importante, que también resulta relevante hoy en día, es el control del relato, es decir, quién cuenta las cosas hace que se adopte su perspectiva y se considere como un fiel reflejo de los hechos. Todos los emperadores que se enfrentaron al Senado acabaron siendo descalificados en las fuentes como ejemplos de perversidad, que se pasaban el día de orgías y acostándose con sus hermanas; pensemos en Calígula, por ejemplo. Sin embargo, cuando tenemos en cuenta que esas historias las escribieron senadores que querían criticar al emperador, esa perspectiva empieza a ser menos objetiva. Esto es extensivo a las mujeres de la familia imperial: si tenían la más mínima ambición política, eran representadas como una especie de monstruo por senadores que estaban luchando por conservar un resquicio de poder.

Si pudiera sentar a una de las mujeres de su libro a tomar un café hoy, ¿a quién elegiría y qué le preguntaría primero?

Sin dudarlo: a Agripina, madre del emperador Nerón, hermana del emperador Calígula, esposa del emperador Claudio y una de las mujeres de la familia imperial más fascinantes. De hecho, escribió unas memorias, que hemos perdido con la excepción de algún fragmento, que nos hacen ver que era una mujer ambiciosa (pero quién no lo era en la familia imperial) y lista. Hay un momento, que cuento en el libro, que me parece increíble sobre ella: su hijo intenta eliminarla, porque considera que tiene demasiado poder (de hecho, fue ella la que consiguió coronarlo emperador), pero no se atreve a hacerla matar por la guardia imperial porque le es leal a ella. Nerón idea entonces un plan digno de Mr. Bean: invita a su madre a un paseo en barco y, en un momento dado, oh casualidad, el barco se hunde. Sin embargo, su madre sobrevive al ataque y llega hasta la costa ¡nadando! Nunca pensamos en mujeres romanas nadando, y menos de la élite, pero todos los niños y niñas ricos aprendían. Augusto enseñó a nadar a todos sus nietos, por ejemplo. Me imagino a esa mujer dando brazadas en las frías aguas de marzo, pensando al mismo tiempo cómo sobrevivir a las intenciones de su hijo. Es un personaje espléndido. Le pediría que me contara cómo es nacer en la familia imperial e intentar sobrevivir a ella.

¿Ha habido algún momento de la investigación en el que haya pensado: “esto no puede ser verdad” y haya tenido que releer la fuente varias veces por pura sorpresa o diversión?

Muchas veces, porque hay documentos sorprendentes o muy divertidos. Nunca pensé leer un texto que dice, literalmente, “te envió la momia de mi madre”, tras lo cual la autora proporciona una detallada descripción de la momia para que no se pierda, con la misma preocupación que nosotros cuando estamos esperando un paquete. O las pintadas electorales en Pompeya realizadas por mujeres, que no podían votar pero que estaban muy involucradas en la vida política. Me sorprendieron mucho también los epitafios de gladiadores muertos en combate dedicados por sus esposas e hijos, porque solemos tener en mente la imagen de guerreros feroces de *Gladiator*, no la de luchadores que eran también padres de familia. Finalmente, me ha encantado poder rescatar la voz de la gran Cleopatra, más allá de tópicos sobre su nariz, su belleza o sus baños con leche de burra. Los textos que tenemos de ella, incluso uno de su puño y letra, la describen como una soberana que intentaba solventar los problemas agrícolas y de suministro de su país, en un momento de crisis provocada por una gravísima sequía. Un retrato menos sexy, es cierto, pero más cercano a la realidad.

¿Qué tópico sobre las mujeres romanas le gustaría desterrar para siempre después de que los lectores cierren el libro?

Que las mujeres romanas estaban recluidas en casa y sus vidas eran anodinas y centradas solo en el hogar. Pongámoslo en perspectiva: hasta 1975, las mujeres españolas no pudieron abrir una cuenta bancaria propia, regentar un

negocio o firmar un contrato sin el permiso de su marido. Sin embargo, dos mil años antes, al heredar a la muerte de su padre, las mujeres romanas podían ser propietarias,

«Uno de los objetivos de este libro es mostrar la cercanía en términos emocionales, en muchas ocasiones, entre el mundo romano y el nuestro».

comprar tierras, casas e incluso esclavos, trabajar, pagar impuestos, prestar y tomar prestado, gestionar un negocio, comerciar, donar dinero a ciudades y asociaciones, administrar libremente su patrimonio y firmar contratos con plena libertad. A partir de la generalización de un tipo de matrimonio, en el siglo II a.C., cuando el padre fallecía, las mujeres romanas se convertían en personas económicamente independientes. Su patrimonio, además, estaba totalmente separado del de su marido. Como ocurre hoy en día, la situación económica y financiera de las mujeres es vital. Si eres completamente dependiente de tu padre o tu marido, es mucho más difícil tomar decisiones propias, o incluso salir de situaciones de maltrato y violencia.

A través de estas voces femeninas, ¿hasta qué punto es posible reconstruir el mundo emocional de la Roma antigua, y qué emociones aparecen con más fuerza en las fuentes?

Uno de los objetivos de este libro es mostrar la cercanía en términos emocionales, en muchas ocasiones, entre el mundo romano y el nuestro. Tenemos muchísimos textos que hablan del dolor de la pérdida de un familiar, por ejemplo, sobre todo de hijos. Es algo tan visceral y brutal que nos cuesta imaginarlo si no lo hemos vivido. No olvidemos que, en Roma, la mortalidad infantil rondaba el 50%, es decir, un niño de cada dos moría antes de los 5 años. En un papiro del siglo II d.C., por ejemplo, una mujer le escribe a su marido apremiándolo para que vuelva a casa porque su hijo está muy enfermo, y añade: “si pasa lo peor, tal vez cuando llegues me habré dado muerte”. Hace décadas se afirmaba que, en tiempos pasados, la gente no desarrollaba apego hacia sus hijos porque sabía que se podían morir con facilidad; este libro demuestra que no es así. En los textos romanos encontramos también muchos ejemplos de celos, deseo, odio, amor... Toda una gran variedad de emociones con las que nos podemos sentir vinculados.

¿Cree que escuchar las emociones de las mujeres romanas nos acerca más al pasado –humanizándolo– o, por el contrario, nos enfrenta a una alteridad que nunca terminamos de comprender del todo?

Hay cuestiones en las que nos podemos encontrar muy cerca del mundo antiguo, sobre todo en lo que responde a la vida cotidiana. Por eso muchas de las historias y de las vidas que narro en el libro nos resultan tan cercanas. Sin embargo, hay otros aspectos en los que el mundo antiguo nos resulta muy ajeno, especialmente la existencia de la esclavitud y las relaciones de dominación que todo ello implica. Por ejemplo, el hecho de que una persona sea considerada una mercancía y pueda sufrir todo tipo de abusos físicos sin ningún tipo de restricción. Como explico en el libro, cuando la virgen María dice “he aquí la esclava del señor”, como narra el Nuevo Testamento, las implicaciones de esa frase son terribles en un mundo en el que la esclavitud existía.

Para quien piense que ya lo sabe todo sobre la historia de Roma, ¿qué va a encontrar en su libro que no haya leído antes en ningún otro?

«Cuando pensamos en Roma, no solemos tener en la cabeza a esclavas que saben leer y escribir y que son obreras de la construcción. El mundo romano nos aparece mucho más completo y complejo tras leer este libro».

La perspectiva del 50% de la población que generalmente no se escucha. Va a leer sobre la vida cotidiana y las historias individuales de gente que ama, odia, se desespera, sufre, disfruta y muere. Todo ello a través de una perspectiva moderna, en la que el lector es un Watson que me acompaña en la aventura de descubrir todo ese mundo, en el que se compara un epitafio funerario con la esquelera del payaso Miliki, las estatuas de Isis con la

virgen Macarena de Sevilla, o el muro de Adriano con *Juego de Tronos*. En el fondo, no es solo un ensayo histórico, sino que se lee como una colección de historias. Todos sabemos que Cleopatra fue vencida por Roma, pero en mi libro cuento cómo,

solo una década después, otra reina derrotó a las tropas romanas y enterró una estatua de Augusto bajo la escalera de un templo para poder pisotearlo por los siglos de los siglos. Todas esas historias están ahí.

¿Qué es lo primero que cambia en la mirada del lector sobre Roma –o sobre la historia en general– después de leer las primeras páginas?

El libro empieza con la historia de Amica y Dettfri, dos trabajadoras de la construcción, antiguas esclavas, que están fabricando tejas para un templo en Italia. Un día, deciden dejar la huella de sus pies en una de esas tejas y escribir en ella. Cuando pensamos en Roma, no solemos tener en la cabeza a esclavas que saben leer y escribir y que son obreras de la construcción. El mundo romano nos aparece mucho más completo y complejo tras leer este libro.

¿Cuál fue ese momento o hallazgo concreto durante la escritura que te hizo decir: “Esto debe estar en el libro”?

La carta de una mujer que vivía en el desierto egipcio, cerca de Berenice, a sus padres, contándoles los malos tratos a los que la está sometiendo el hombre con el que vive. “No os podéis imaginar lo mucho que estoy sufriendo”, añade. Es una carta desgarradora, que nos recuerda que las situaciones de abuso y la violencia de género no son algo nuevo. Resulta extremadamente raro encontrar un documento tan claro en este sentido y, además, siendo una mujer la que da su propia perspectiva al respecto.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.



SUMARIO

Romanas. Voces rescatadas explicado por Cristina Rosillo

El libro ofrece un panorama del mundo romano desde el siglo II a.C. al siglo II d.C., cubriendo tanto aspectos políticos, como sociales, económicos, religiosos, culturales, literarios, vida cotidiana, etc., todo ello contado empleando únicamente fuentes escritas por mujeres, es decir, proporcionando la perspectiva de la mitad de la población que normalmente no es tenida en cuenta. Este libro no es solo una historia de la mujer en el mundo romano (que también lo es), sino una historia de Roma vista por ellas, porque las experiencias de las mujeres son también universales. Así, veremos aspectos de Roma que generalmente quedan marginados o ignorados, narrados en breves

capítulos que cuentan decenas de vidas como si de pequeñas historias se tratara. Al mismo tiempo, los capítulos históricos se entrelazan con interludios que cuentan cómo conseguimos reconstruir el mundo romano, debaten si nos tenemos que creer o no todo lo que cuentan las fuentes (¿en verdad hizo Calígula cónsul a su caballo, por ejemplo?) o reflexionan por qué no me gustaría vivir en el mundo romano (entre otras cosas, porque hubiera fallecido con toda seguridad antes de llegar a los 5 años).

El **capítulo 1** narra el auge de Roma, que pasó de ser una pequeña ciudad en el centro de la península itálica a conquistar el Mediterráneo (y más allá). La

DOSIER DE PRENSA



poeta griega Melino nos cuenta la visión de los griegos frente al tsunami militar romano que los arrolló. La romana Cornelia habla de política y de feroces enfrentamientos entre las diversas tendencias ideológicas en Roma. A través del epitafio de una madre vemos el dolor, pero también las vicisitudes políticas del cambio de reinado. Dos reinas africanas narran en primera persona su enfrentamiento con Roma: la reina de Egipto, Cleopatra, fue derrotada, mientras que la reina de Kush consiguió salir vencedora frente a Augusto. Una sección se plantea cómo sobrevivieron las fuentes antiguas, y qué tuvo éxito frente al paso del tiempo y qué no (y por qué).

El **capítulo 2** entronca con la política de época imperial. Las mujeres de la familia imperial nos enseñan cómo se desarrollaba la política más allá de las formas tradicionales y hablan de cómo tenían que tener mucho cuidado en no traspasar las normas que supuestamente limitaban la capacidad de acción política de las mujeres, mientras que Agripina, por ejemplo, se comportaba en ocasiones como un emperador. Vemos la importancia de controlar el relato; así, las emperatrices Ulpias nos cuentan que las buenas relaciones de los miembros masculinos de su familia con los senadores les garantizaron un lugar positivo en el relato histórico, mientras que su comportamiento, en realidad, era más activo de lo que se decía de ellas. Las mujeres que encargaron pintadas electorales en la ciudad de Pompeya nos hablan de cómo, aunque en teoría no podían votar, incluso mujeres que no pertenecían a la élite estaban interesadas en política. Finalmente, el capítulo termina con un ejemplo de cómo Roma afrontaba las rebeliones dentro de sus fronteras, en concreto, las sucesivas revueltas de parte del pueblo judío, narradas por una mujer egipcia y por una rica propietaria de Judea que se vio atrapada por la guerra, con terribles consecuencias para ella.

El **capítulo 3** recorre los confines del mundo romano. Desde la lluviosa Bretaña, donde mujeres que vivían en campamentos militares nos describen la vida en ese lugar, hasta Egipto, donde viajaban turistas de todo el Imperio para visitar las pirámides u otros antiguos monumentos (y dejaron sus palabras grabadas en ellos, cual modernos visitantes). Varias

secciones hablan de uno de los aspectos que más lejano nos resulta del mundo romano: la esclavitud. ¿Cómo era ser esclavo, no tener personalidad jurídica y estar sometido a los caprichos de otra persona? Muchos de esos esclavos, además, provenían de las fronteras del imperio, ya que eran numerosos aquellos que fueron esclavizados en guerras. ¿Bajo qué circunstancias eran liberados? ¿Cómo era su vida cotidiana? Finalmente, una sección trata de diosas que emigraron a Roma y a otros lugares del imperio, y que fueron adoptadas como divinidades por grupos nuevos, como Isis y Cibeles, enojadas por sus devotas como si fueran vírgenes actuales.

El **capítulo 4** se centra en la vida cotidiana. Los grafitis y pintadas en Pompeya nos hablan de amor, desamor, sexo (gratis y pagado), odio y deseo, plasmado en los muros por las mujeres de la ciudad. Oímos a taberneras que expresan su devoción por ciertos actores y a una flautista tremendamente enfadada por considerar que se ha menospreciado su talento musical. Se habla de la importancia para una sociedad de los cuidados, de la presencia en la vida de los niños romanos de ayas, nodrizas, cuidadores y maestros, de que olvidar que los hombres también pueden cuidar y proteger nos lleva a ver la realidad de manera diferente a cómo es. Las mujeres médicas nos hablan de remedios para vencer a los diversos males e incluso a la muerte, y aprendemos por qué es importante recordar que las gafas no existían en época romana.

El **capítulo 5** narra cómo se construyó el mundo romano gracias al dinero y a los esfuerzos de muchas mujeres mecenas que llenaron sus ciudades de templos, todo tipo de edificios públicos, acueductos, teatros, circos, etc., convirtiéndose en figuras importantes dentro de su comunidad. Asimismo, esas ciudades romanas y el campo se pueblan de mujeres, libres o esclavas, trabajando en todo tipo de oficios, tanto en casa como fuera de ella. En el fondo, solo vemos una cosa cuando la buscamos, y poblar el mundo romano de todas esas voces de mujeres nos iluminan más lámparas que permitan reconstruirlo mejor.

En suma, todas esas experiencias nos ilustran más si cabe sobre cómo era vivir en ese mundo tan complejo y apasionante como era la antigua Roma.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos

Introducción

1. De ciudad a potencia internacional
2. El gobierno de un Imperio
3. Un recorrido por el mundo romano
4. La vida en el mundo romano
5. La construcción del mundo romano

Epílogo. La experiencia femenina
es también universal

Bibliografía

Índice analítico

DOSIER DE PRENSA



INTRODUCCIÓN

En un día soleado del año 100 a. C. un grupo de gente, hombres y mujeres, se afana trabajando en un santuario. Es una labor dura, están renovando el techo de un edificio cercano a uno de los mayores templos de la ciudad de Pietrabbondante situado a unos doscientos kilómetros de la ciudad de Roma. Dan forma a las tejas, las ponen a secar al sol y las colocan sobre la estructura. Los capataces, que están vigilando que el trabajo se haga, no prestan atención por un momento a dos de las trabajadoras que están hablando mientras realizan su tarea. O simplemente les dejan hacer, ya que siguen a lo suyo.

Estas dos mujeres se llaman Amica y Detfri.² En principio, no tendríamos por qué saber nada de ellas. No son esposas de ningún senador, ni hijas de un cónsul, ni hermanas de un emperador; de hecho, se encuentran en la otra punta de la escala social. Ignoramos si son esclavas o libertas, es decir, mujeres esclavizadas y liberadas posteriormente. En el mundo romano, como veremos con detalle más adelante, era habitual liberar a los esclavos una vez estos llegaban a cierta edad y habían dedicado los años más productivos de su vida a servir a su propietario. Una vez liberados, se convertían en ciudadanos romanos libres. En ocasiones, resultaba difícil diferenciar entre una persona esclavizada y una libre, ya que ambas ejercían los mismos oficios. En este caso, ambas son trabajadoras manuales de la construcción, lo cual no resultaba inusual en el mundo romano, en el que las mujeres realizaban casi todo tipo de trabajos.

Pero no nos adelantemos, volvamos a Amica y Detfri, que charlan mientras realizan su trabajo. ¿En qué idioma hablan? En el 100 a. C., la península itálica llevaba ya varios siglos bajo la dominación de Roma, esa pequeña ciudad del Lacio que, con el paso del tiempo, se había convertido en la gran potencia del Mediterráneo. Sin embargo, sus habitantes, los itálicos, no eran ciudadanos romanos sino de su ciudad respectiva: Túsculo, Cumas, Bayas, Pompeya, Herculano, Corfinio... Todas esas ciudades ya eran relevantes antes de que Roma las conquistara, pero, bajo su dominio, habían crecido y prosperado, aunque debían pagar tributo a su conquistadora en forma de hombres para sus legiones y dinero para mantenerlos. La conquista del Mediterráneo, por tanto, fue llevada a cabo tanto por romanos como por contingentes itálicos. Sin embargo,

mantenían sus propias costumbres, lenguas, derecho y formas de gobierno internas.

Muchas de esas comunidades hablaban idiomas diferentes. Por ejemplo, en la zona de Samnio, Campania, Lucania y en algunas partes de la Apulia, es decir, al este y al sur de Roma, justo donde se halla Pietrabbondante, la ciudad que nos ocupa, se hablaba osco, una lengua indoeuropea, al igual que el latín. Se han conservado inscripciones en este idioma desde aproximadamente el 400 a. C. hasta el siglo I d. C. Era el idioma de los samnitas, los feroces habitantes de la Campania; Roma necesitó varias décadas para someterlos, para lo que llevó a cabo varias guerras contra ellos entre los siglos IV y III a. C.³ Además, los samnitas se aliaron en varias ocasiones con los enemigos de Roma, lo hicieron así con el rey Pirro de Epiro (280-275 a. C.) y no dudaron en unirse al cartaginés Aníbal cuando este invadió Italia durante la Segunda Guerra Púnica (218-201 a. C.) con el objetivo de destruir a Roma. Tan solo nueve años después del año 100 a. C., los habitantes no-romanos de Italia se rebelarán, hastiados de tener que enviar a todos sus jóvenes a luchar por Roma, pero sin compartir los beneficios de la conquista del Mediterráneo y sin disfrutar de la ciudadanía romana. De nuevo, los samnitas se hallarán a la cabeza de esta revuelta, llamada guerra de los aliados (91-88 a. C.).⁴

¿Podrían dos personas que hablasen osco y latín entenderse? Es más que probable. En todo caso, Detfri y Amica lo lograron. Tal vez se conocían de tiempo atrás, o incluso habían trabajado juntas en otras canteras o en otros santuarios; o su relación era más breve, podía haberse fraguado en la obra del santuario de Pietrabbondante. Es posible que emplearan una mezcla de osco y latín, o algún dialecto de los muchos de la zona que pudiera facilitarles la comunicación. O una de ellas era bilingüe, o chapurreaba el otro idioma; paciencia, veremos en un momento la solución a este enigma. Sea como fuere, ahí están ellas, trabajando bajo el sol del año 100 a. C. y charlando. Y, en un momento dado, deciden hacer algo inusitado: escribir sus nombres y dejar sus huellas, literalmente, en una teja. ¿Fue una broma entre ellas? ¿Era una forma de afirmar su presencia, de decir «aquí estamos nosotras»? Tal vez una mezcla de todo ello, pero el resultado es un documento excepcional: una teja con un texto escrito por cada una de ellas, junto a las huellas de sus zapatos.

CAPÍTULO 1

DE CIUDAD A POTENCIA INTERNACIONAL

Cuando el régimen talibán volvió al poder en Afganistán en 2021, decidió privar a las niñas y jóvenes afganas del derecho a la educación, así que prohibió que estudiaran más allá de la educación primaria (es decir, a partir de los doce años), además de vetarles el acceso a la universidad. La proliferación de escuelas clandestinas es ya un hecho en el país, a pesar de los riesgos que esto supone para profesoras, madres y alumnas. La alfabetización y la educación femenina no constituyen solo un derecho, sino también la garantía de una vida y de una salud mejor; además de la posibilidad de tener un trabajo remunerado especializado, al mismo tiempo que les permite aumentar su participación en la toma de decisiones; en general, constituye un avance para el desarrollo de los países.

En el mundo romano el porcentaje de alfabetización era muy reducido, y más entre la población femenina. Un grupo de textos escritos por mujeres que estaban aprendiendo a leer y a escribir nos ilustran sobre esta cuestión. Viajemos al santuario de la diosa Reitia en la actual ciudad de Este, a unos setenta kilómetros de Venecia. Entre muchos exvotos y dedicatorias a la diosa, encontramos un hallazgo excepcional que no tiene paralelo en toda la península itálica: sesenta láminas de bronce inscritas, de entre 15 y 22 centímetros de largo, con un asa en uno de los lados, y veinticinco estilos en bronce o hierro, es decir, instrumentos de escritura parecidos a los actuales lápices para tabletas, también con inscripciones en lengua y alfabeto venético. Todos ellos están datados entre el siglo IV y el I a. C., es decir, el momento en el que el mundo véneto entra en contacto con Roma de manera más intensa.

Esas inscripciones nos hablan de algo inesperado, porque lo que tenemos son ejercicios de escritura y dedicatorias de personas que aprendieron a escribir. Querida lectora, querido lector, no sé si recuerdas cuando empezaste a escribir, o si has acompañado alguna vez a un niño en el proceso de aprendizaje. Lo primero es aprender el alfabeto; a continuación, las sílabas, que no es un paso tan sencillo como el anterior, ya que no solo es cuestión de colocar letras de manera adyacente, sino de leerlas al mismo tiempo. Los habitantes del mundo antiguo, tanto adultos como niños, tenían esa misma dificultad, por lo que tanto el rétor Quintiliano como el filósofo cristiano san Agustín aconsejaban el aprendizaje de las sílabas como paso *sine qua non* para dominar la escritura. Los alfabetos encontrados en Pompeya inscritos en las paredes de toda la ciudad nos dan fe de los esfuerzos de alfabetización de mucha gente; algunos de ellos están escritos en muros a alturas relativamente bajas, lo que nos indica que fueron grabados por niños y niñas. Las láminas de bronce halladas en

el santuario de Reitia (cerca de Este) comparten un mismo esquema: una primera lista de quince consonantes, seguidas por una lista de vocales en un orden concreto (AKEO), cada una de ellas repetida dieciséis veces, seguidas por grupos silábicos. Por ejemplo:

v d h θ k l m n p s r s t b g e

aaaaaaaaaaaaaaaa
kkkkkkkkkkkkkkk
eeeeeeeeeeeeeeee
oooooooooooooooo

[v]hr vhn vhl vh dr dn [d]l
θr θn θl kr <k>n kl kv mr mn ml
pr pn pl sr sn sl sr sn sl
tr tn tl br bn bl gr gn gl.

No se trata de ninguna fórmula de invocación a la divinidad ni nada por el estilo, sino de algo más prosaico: son una réplica de los ejercicios de escritura habituales del aprendizaje del idioma venético, que se realizaban en tablillas de madera o de cera (es decir, en un material que se podía borrar). Las inscripciones en las tablillas y en los estilos constituyen un agradecimiento a la diosa Reitia por haber aprendido a leer y escribir.⁵ ¿Quiénes eran los devotos alfabetizados? En este caso, mujeres y hombres de la élite venética, ya que las láminas de bronce fueron dedicadas por ocho hombres y tres mujeres, pero los veinticinco estilos inscritos fueron sufragados únicamente por mujeres. Podríamos pensar, porque así nos lo han contado habitualmente, que en el mundo romano se educaba sobre todo a los niños, y que, solo en algunas ocasiones, se alfabetizaba a las niñas.

Sin embargo, como vemos en el santuario de Reitia, la alfabetización femenina dependía sobre todo de la clase social y la riqueza, incluso en momentos tan tempranos como los siglos III-I a. C.: el porcentaje de alfabetización de las mujeres y niñas podía ser elevado, ya que esto constituía una marca de estatus, prestigio y riqueza y, en general, se consideraba un motivo de orgullo. De hecho, parece que, por lo menos en los niveles más bajos, algunas niñas asistían al colegio al igual que los niños. Las inscripciones funerarias abundan en menciones a niñas y libertas educadas, que son elogiadas por ello. Un papiro egipcio escrito en griego en el siglo I a. C. nos cuenta la historia de dos hermanas que se encontraban de viaje y enviaron por carta consejos a sus hermanas pequeñas, Rasión y Demarión: «dedicad vuestra atención al aprendizaje».

CAPÍTULO 2

EL GOBIERNO DE UN IMPERIO

Las pintadas conservadas nos dan fe de la competencia electoral y de la implicación de la población. Se concentran sobre todo en las calles más concurridas, pero, en realidad, las encontramos por toda la ciudad: en baños y tabernas, en basílicas y lugares de comidas, en fachadas de casas lujosas y en los muros de las panaderías... Podemos dividir las en dos tipos, es decir, en primer lugar, aquellas que piden el voto en general para un candidato (probablemente pagadas por este) y otras en las que una persona concreta o un grupo de personas solicitan el voto para alguien y le expresan su apoyo, por lo general empleando la abreviatura OVF, o lo que es lo mismo, *oro vos facitis*, os pido que votéis a...

La presencia del *rogator* es importante, porque nos permite reconstruir los intereses políticos de la población de Pompeya. De las dos mil quinientas pintadas electorales conservadas, alrededor de cuatrocientas conservan el nombre del *rogator*. Querido Watson, habrás observado que he comentado a lo largo de esta sección que tanto los electores como los aspirantes eran hombres; sin embargo, el quince por ciento de todos los *rogatores* conocidos eran mujeres, que aparecen tanto solas como acompañadas en el grafito de un hombre o incluso de otra mujer. El contenido, formato y forma de las pintadas electorales contratadas por ellas es exactamente igual que las de los hombres.

Este fenómeno puede parecernos inusitado, pero, en realidad, no lo es, ya que corresponde perfectamente a algo que estamos viendo a lo largo de este libro y que formaba parte de los usos políticos del mundo romano; a saber, que la política era un asunto familiar, no individual o masculino, y que las mujeres de la familia, o incluso de fuera de ella, también estaban interesadas en las elecciones. El filósofo Séneca, en un bonito texto, recordaba con cariño a su tía Marcia, una persona muy cercana a él durante su infancia y que, cuando llegó el momento en que él tenía que presentarse a cuestor, el primer cargo en la carrera política de un romano, superó su timidez para convertirse en *ambitiosa*, es decir, deseosa de conseguir apoyos electorales para su sobrino. En Pompeya tenemos el caso de una abuela que se comportó de la misma manera: «Os ruego que hagáis edil a Lucio Popidio Secundo. Tedia Secunda, su deseosa abuela lo pide y lo hizo (este grafito)».

Por un lado, podemos enternecernos con el cariño propio de una abuela, para la cual su nieto es siempre el más listo y el más guapo, pero hay que ir más allá: Tedia Secunda era una mujer adinerada que vivía en una casa de buen tamaño en Pompeya y estaba vinculada a la familia de los Popidios, una de las más influyentes de la ciudad. Su opinión contaba sobremedida en la ciudad y, por eso, ella pagó para dejar constancia de su apoyo a la candidatura de su nieto. Popidio Secundo y los suyos no escatimaron en gastos, ya que se han encontrado un total de sesenta y dos grafitos que solicitaban el voto para él, lo que suponía la inversión de una buena cantidad de dinero.

Resulta enormemente interesante comprobar que, en algunas pintadas promocionadas por dos personas, el nombre masculino va antes que el femenino, mientras que en otras es exactamente al revés, lo que nos plantea que en ciertos casos el nombre de ellas tenía más peso a la hora de crear opinión pública y concentrar el voto. En ese sentido, el caso de Caprasia es sintomático, ya que incluso congregaba a su alrededor al vecindario: «Caprasia y Ninfio te piden que elijas a Aulo Vetio Firmo como edil. Él es digno. Junto con sus vecinos, te ruegan que votes por él».

¿Pertenece Vetio tal vez a ese vecindario? En todo caso, Caprasia parecía ser alguien de opiniones electorales claras y que consideraba que era importante comunicarlas, ya que, en otro momento, pagó dos mensajes electorales para expresar su apoyo a otros dos aspirantes a la edilidad, Cerrinio Vatia y Cneo Helvio Sabino. Es posible que Caprasia fuera la propietaria del negocio que se situaba justo enfrente de su posible casa, donde se encontraba la primera pintada. En todo caso, vemos que su opinión era identificativa para sus vecinos; de hecho, Caprasia entraría en la categoría de lo que se suele denominar «líderes intermedios», es decir, personas no siempre vinculadas directamente a la política, pero cuya opinión aglutina y arrastra a otros. Incluso en una de las pintadas se dice que ella *facit*, es decir, que votó por él (exactamente el mismo verbo que usan los *rogatores* masculinos), aunque en realidad no podía votar. Como vemos en el siguiente ejemplo, Caprasia no era un caso excepcional: «Apuleya y Narciso, junto con su vecino Mustio, os piden que votéis a Popio para la edilidad».

CAPÍTULO 3

UN RECORRIDO POR EL MUNDO ROMANO

La siguiente historia comienza con algo tan prosaico y necesario como calcetines y calzoncillos. Era un frío invierno de 1973 y un grupo de arqueólogos estaba revisando material aparecido en las excavaciones de Vindolanda, un fuerte militar que formaba parte de la red de campamentos y asentamientos que flanqueaba el Muro de Adriano, la frontera entre la Britania romana y la Caledonia no conquistada.

Uno de ellos cogió un pequeño trozo de madera y lo observó con detenimiento; no parecía nada especial, pero algo llamó su atención y se lo pasó a Robin Birley, el director de la excavación, diciendo: «¿No te parece que se ve algo?». Birley separó el trozo de madera en dos pedazos y lo observó: «¿Jeroglíficos? ¿En Britania? Imposible, la vista me está jugando una mala pasada. ¡No, son letras! ¡Es escritura latina en cursiva!». Al día siguiente llevaron las tablillas a Newcastle, donde se realizó una fotografía infrarroja que permitió leer lo que estaba escrito con tinta: «te he enviado [...] pares de calcetines de Satua, dos pares de sandalias y dos pares de calzoncillos». Real como la vida misma.

Gracias a esta primera tablilla descifrada, se pudo despejar una duda existencial no resuelta hasta entonces: los soldados romanos, por lo menos en la fría Britania, llevaban calzoncillos debajo de las túnicas. Birley y su equipo habían ganado el premio gordo, ya que habían dado con uno de los hallazgos más importantes que ha permitido iluminar la vida de un campamento romano de los siglos I y II d. C.: un tesoro, hoy en día compuesto por más de mil setecientas tablillas de madera que conservan las cartas intercambiadas entre todos aquellos que habitaban ese campamento. No es de extrañar que no fuera fácil identificar esas tablillas

como cartas o, mejor dicho, como borradores de cartas; tienen apenas entre uno y tres milímetros de grosor y el tamaño de una postal, de esas que ya no enviamos por correo cuando vamos de vacaciones. El mensaje se escribía con tinta (en una mezcla de carbón, agua y goma arábiga) a dos columnas, comenzando por la columna izquierda; a continuación, se doblaba y el mensaje quedaba dentro, protegido por la madera. Se trataba de un medio de escritura muy barato en un lugar en el que el papiro resultaba prohibitivo. En general, las clases sociales que sabían leer se intercambiaban cartas constantemente; tenemos que imaginar el incesante flujo de mensajeros a lo largo de todo el Imperio romano, recorriendo en ocasiones cortas distancias, y otras veces mucho más largas, llevando esas misivas y volviendo con una respuesta. Páladas, un poeta del siglo IV d. C., explicaba que la vida, por diversas razones, hacía que los amigos estuvieran alejados, pero que la humanidad había inventado herramientas para poder sentirlos cerca: la pluma, el papiro, la tinta y el alfabeto. Además de confirmarnos el uso de calzoncillos, las cartas encontradas en Vindolanda nos ilustran sobre la vida cotidiana del campamento, incluyendo la perspectiva de las mujeres que allí vivían. Disponemos de informes en que se detallaba el contenido de cada hogar, el número de soldados en el campamento, cuántos de ellos estaban enfermos o conservamos misivas en las que se invitaba a la celebración de un cumpleaños. Un mundo en el que un decurión escribe a su comandante para comunicarle que los soldados a su mando se han bebido toda la cerveza (palabra de origen galo, *cervesa*, exactamente la misma que en castellano) y para pedirle que, por favor, les mande más. Fragmentos de muchas vidas a las que, de repente, podemos acceder.



Carta de Claudia Severa en la que se invita a Sulpicia Lepidina, esposa del comandante, a una fiesta de cumpleaños, alrededor del 97-103 d. C. Museo Británico de Londres. © Michel wal.

CAPÍTULO 4

LA VIDA EN EL MUNDO ROMANO

Este grafito nos da una perspectiva diferente acerca de esa profesión, ya que deja de lado el retrato habitual de las flautistas como entretenimiento sexual, para dejarnos ver el orgullo de la profesión y la confianza en sus habilidades; nos dan rabia las cosas que queríamos haber conseguido y para las cuales creíamos estar capacitados. La autora reclama su profesión y su identidad como flautista frente a la gente que la desprecia. Nos encontramos ante una mujer de origen probablemente servil, pero lo bastante cultivada, con educación musical avanzada, un nivel de alfabetización medio (ya que el texto tiene numerosos errores de ortografía) y unos buenos conocimientos de mitología y de la *Ilíada*, como se aprecia en la mención a Aquiles. Esa ambigüedad puede recordarnos, salvando las distancias, a las *geishas*, las mujeres japonesas educadas en las artes tradicionales del canto, la música y el baile, que, en el imaginario colectivo occidental (y orientalista), ejercían también la prostitución de lujo.

Esta ambigüedad de mujeres dedicadas al sector servicios, pero a las que se considera casi prostitutas (o, al menos, muy disponibles sexualmente), constituye también el tema del siguiente grafito, encontrado en el pasillo que da a una taberna: «Invicto Castrense que los dioses te sean propicios, Castrense. ¡Hey, también tú que leas esto! ¡Bien hecho, Hedone! Y que le vaya bien a quien haya leído esto. Dice Hedone: “se bebe aquí por un as; por dos ases, beberás mejor vino; por cuatro ases, beberás vino falerno”».

De nuevo, al igual que con la flautista anónima, estamos frente a una tabernera, una figura que, en el mundo antiguo, resonaba con estereotipos similares, es decir, también se la consideraba una mujer disponible sexualmente y su actividad económica, atender

el bar, rayaba la prostitución. De hecho, su nombre, Hedone, quiere decir «placer». En Pompeya, son habituales los grafitos que afirman «me follé a la chica del bar», por ejemplo, y las fuentes literarias apuntan en la misma dirección. Sin embargo, encontramos más matices en otras inscripciones, como aquella en la que un devoto marido describe a su difunta esposa, también tabernera de reconocida fama, como una «mujer respetable».

En cualquier caso, nos llega la voz de Hedone, que no solo nos describe los productos disponibles en su taberna, desde vino corriente hasta el exquisito vino de Falerno, sino que también nos habla de sus aficiones, los pantomimos, y de uno en concreto, el actor Castrensis, al cual saluda al inicio del grafito. Hedone no era la única persona en Pompeya con esta afición; este tipo de representación, compuesta por un bailarín masculino, acompañado por un coro que cantaba la historia –solía ser un mito o una leyenda– y un grupo de músicos, era enormemente popular. De hecho, tenemos la suerte de poder identificar la *troupe* a la que pertenecía Castrensis gracias a diversos grafitos de pompeyanos saludando a sus miembros, lo que nos habla de su fama en la ciudad. El líder del grupo (*dominus scaenicorum*) era Cayo Umidio Actio Aniceto. Cuando hablemos de las mujeres que construyeron ciudades conoceremos a su antigua propietaria, Umidia Cuadratila, mecenas, promotora cultural y propietaria de una *troupe* de pantomimos. La compañía incluía a hombres y mujeres: Castrense, Cloe, Juvenis, Actica, Paris, Horus, Equio y al músico Místico. Había gente en Pompeya a la que se describía como *Anicetani*, los *fans* de Aniceto, o *Paridiani*, los del actor Paris. Al igual que la anónima flautista, Hedone constituye una figura ambigua, ya que tal vez es una esclava, que trabajaba de cara al público sirviendo en lugares condenados moralmente (los bares eran lugares de perdición), pero donde la gente disfrutaba. Al mismo tiempo, ella sabía leer, escribir (aunque con faltas de ortografía) y disfrutaba de las representaciones de pantomimos.

Estos dos grafitos nos ayudan a superar estereotipos y aproximarnos a una realidad más compleja. En historia, como en el mundo real, la ambigüedad es un valor positivo.

Taberna de Phoebi (termopolio) en Pompeya (insula VI.1.18) donde se ve mostrador con *dolia* para alimentos calientes, excavada durante las excavaciones arqueológicas. © Gary Todd.



CAPÍTULO 5

LA CONSTRUCCIÓN DEL MUNDO ROMANO

En ocasiones podemos tener la impresión de que el trabajo femenino es algo bastante reciente; ciertas ideologías aluden y, de alguna manera, idealizan un pasado relativamente cercano en el que las mujeres se dedicaban solo al cuidado de sus hijos y a las labores del hogar, sin estar incorporadas al mercado laboral. Sin embargo, se trata de un espejismo totalmente falso, ya que, a lo largo de la historia, todos los miembros de clases no pudientes, tanto hombres como mujeres, han tenido que trabajar para poder subsistir. Ocurría igual con el trabajo infantil; de hecho, los intentos de regularización y su posterior abolición se consiguieron a lo largo del siglo XIX en Europa y Estados Unidos, y durante el siglo XX en la mayor parte de América, África y Asia. Únicamente una parte muy reducida de la élite disponía de los recursos suficientes para permitirse que los miembros de su familia no trabajaran, como explicó de manera certera el sociólogo Thorstein Veblen (1857-1929): un ama de casa que no trabaja es, de alguna manera, una muestra de la riqueza de la familia y de ocio conspicuo, como una manera de reclamar un estatus y mostrar la estratificación social. Hoy, el símbolo de los ricos no es trabajar, sino al contrario, no hacerlo, ya que no les hace falta.

En Roma observamos estos mismos patrones: una élite muy reducida que no tenía un oficio frente a una inmensa mayoría de la población, tanto hombres como mujeres, que trabajaba en todo tipo de negocios. El poderío económico de Roma era innegable, ya que su control sobre el Mediterráneo y sobre buena parte de las rutas comerciales de Europa favoreció los intercambios económicos. Las mujeres, como vamos a ver, eran participantes activas del mundo económico y, por tanto, sus voces nos pueden ilustrar sobre el mundo inmobiliario, el sector de la construcción, los préstamos, el comercio y la producción de bienes de consumo. Sin embargo, debemos tener en cuenta también las limitaciones: en primer lugar, el porcentaje de mujeres en activo era inferior al de los hombres, ya que ellas representaban el diez por ciento del total de trabajadoras cuyos nombres han sido encontrados en inscripciones funerarias. Esta proporción varía según el estatus social, ya que las esclavas y libertas aparecen con mucha mayor frecuencia que las mujeres libres, lo que era de esperar teniendo en cuenta que habían sido educadas en un oficio concreto. Sin embargo, la participación de las mujeres en muchos sectores económicos pasa des-

apercibida, debido a que las inscripciones tienden a mencionar adjetivos (casta, pía) más que su oficio y, por ejemplo, no tenemos apenas fuentes sobre las trabajadoras agrícolas, tanto libres como libertas, o de muchas trabajadoras no especializadas. A esto hay que añadir que el latín empleaba el masculino plural para describir a grupos de hombres y mujeres, por lo que la presencia de estas últimas se diluye en las fuentes.

Con todo, encontramos a mujeres presentes en buena parte de los sectores productivos: empecemos por el textil y el lujo. Atinia Tiranis trabajaba como productora de ungüentos basados en resina, es decir, aquellos que se empleaban para la depilación, tanto de mujeres como de hombres; no pensemos que los hombres depilados son algo reciente, ya que los romanos, aparte de afeitarse, se quitaban también el vello de las axilas, para lo cual podían emplear también pinzas depilatorias, que se han encontrado en numerosos yacimientos romanos. La tumba de Atinia incluía un relieve en el que se la representa sentada frente a una clienta que muestra las piernas desnudas. Sabemos de una mujer llamada Data que era *sericaria*, es decir, trabajadora de la seda, un material muy delicado y que alcanzaba precios elevados. Otro producto carísimo era la púrpura, un tinte que expelen algunos moluscos, cuya extracción exigía muchas horas de trabajo y abundante mano de obra. Por ello, solo la élite y la familia imperial podía permitirse su compra:

Veturia Fedra, liberta de Décimo, procuró que se realizara esta inscripción pagada con su propio dinero para ella misma, su patrón, su compañero y su liberto. Nicéforo, mi compañero, vivió conmigo durante veinte años. [Todos somos] vendedores de púrpura en el distrito Mario.

Esta inscripción es un ejemplo claro de cómo el masculino plural suele invisibilizar a las mujeres. El texto nos describe el mundo de los *purpurarii*, los trabajadores que vendían la púrpura. Veturia, al igual que su compañero, aprendió el oficio en casa de su dueño. Tras ser liberados, establecieron un negocio familiar lo bastante próspero como para adquirir al menos un esclavo, enseñarle el oficio y posteriormente liberarlo.

EPÍLOGO

«Te envío la momia de mi madre» es probablemente una frase que, querido lector, querida lectora, ninguno de nosotros escribirá jamás. Senpamontes deja claro que la muerte no sale barata, pero que ella ha sufragado todos los gastos. Al mismo tiempo, como todos a los que se nos ha perdido alguna vez un paquete, teme una posible confusión, así que le proporciona a su hermano todo tipo de indicaciones. Esta carta del siglo II d. C. nos muestra que, aunque los gobiernos cambiaban y las dinastías iban y venían, los cuidados a los muertos seguían la tradición egipcia. Hemos conservado más de dos mil quinientas etiquetas identificativas de momias; un equipo internacional, que incluye a especialistas de varias universidades españolas, las ha recogido todas en una base de datos, denominada con gran acierto «Muerte en el Nilo», como la novela de Agatha Christie.

Cuántas voces y cuántas historias, que nos resultan próximas pero ajenas a la vez, y que nos hablan de un mundo que no es el nuestro pero que nos interpela. A veces, de manera muy inesperada, como la mujer de Pompeya que quiso dejar un mensaje alto y claro, para que no hubiera dudas sobre la propiedad de una sala: «Este es el comedor de Marta y ella caga en este comedor». O Merope, la liberta que tenía muy claras las prioridades en la vida: «Los baños, el vino y el sexo corrompen nuestros cuerpos, pero los baños, el vino y el sexo hacen que la vida merezca la pena».

O la voz de Croniaina, una mujer que escribe a sus padres desde una guarnición romana en el desierto egipcio de Berenice, en el siglo II d. C., y les cuenta la terrible situación que padece con el hombre con el que está viviendo: «Pasé hambre para que él mismo se hartara de comer, e incluso, cuando vio mis panes en la cesta, me insultó y me humilló. No soy capaz de escribirte lo malo que fue».

No sabemos más de ella, aparte de que tenía unos padres vivos y una hija, mencionada en otro fragmento del texto. ¿Era, tal vez, una de las prostitutas que están documentadas en esa zona, y que recorrían los campamentos? O, tal vez, no lo era, pero ¿mantenía una relación de larga duración con esa persona que la trataba tan mal? Vienen enseguida a la mente experiencias

actuales de malos tratos, de vejaciones; tal vez incluso de maltrato a prostitutas, según consideremos la realidad de la relación. En todo caso, Croniaina, frente a esa situación, decidió narrar ella misma lo que estaba viviendo, y dar su propia versión del asunto. En esos campamentos romanos que jalonaban el árido desierto situado entre Tebas y Berenice, no solo escuchamos (que también) las voces de los soldados, sino además las de las mujeres que allí vivían.

Al mismo tiempo, hay muchas voces acalladas a lo largo de los siglos, porque sus palabras no han llegado hasta nosotros. O que nunca se escucharon porque ya en su época no se consideraban importantes o fueron reprimidas. Me gustaría haber podido rescatarlas, luchar contra el tiempo y poder oírlas de nuevo. Todas ellas son importantes porque nos encienden esas pequeñas luces que permiten iluminar de manera más clara la gran habitación que representa el mundo romano.

Este libro se detiene a finales del siglo II d. C., pero el mundo romano no acabó en ese momento ni tampoco los textos escritos por mujeres. Al contrario, se han conservado documentos apasionantes, como la historia de Perpetua, la mártir cristiana que nos transmitió su experiencia; la gallega Egeria, que peregrinó hasta Jerusalén a finales del siglo IV d. C. y escribió un libro de viajes o las voces de multitud de mujeres en inscripciones en todos los territorios dominados por Roma. Pero esas son historias que serán contadas en otra ocasión.

En este libro he querido, de alguna manera, no solo percibir la historia del mundo romano a través de las mujeres, sino contarla escuchando las voces de todas esas personas, ya que la historia no son solo los grandes procesos y las revoluciones, sino también son ellos y ellas. La experiencia de las mujeres, al igual que la de los hombres, tiene un alcance universal. Es necesario escuchar esas palabras para devolver a la gente que vivió en ese momento histórico su pasado, sus vidas y sus historias, que muchas veces son análogas a las nuestras, y así entender mejor nuestro presente y hacer frente a los desafíos que se nos presentan como sociedad.

*Te aseguro que en el futuro
alguien se acordará de nosotras.*

Safo 147 V
Traducción de la autora.



Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

